

LA ESPERA

Seudónimo: Felicia

Bajo la luz de neón que anuncia Schweppes sobre la Gran Vía, la estilográfica pulsa sobre la mesa como un organismo vivo y a mi me parece forjada en el infierno. El agregado militar la observa. Su cara. No la reconozco detrás de los años. Ahora de plata, ahora de noche, ahora de sangre y de nuevo de plata. Podría ser la de cualquiera.

-Lo estaba esperando -dice - Me alegra que haya venido.

Me reduzco al silencio. Fumo.

-Tendrá que saber que, más tarde que temprano, leí -sigue- Tendrá que saber que ahora yo también he leído a Hegel.

Recorro el piso amplio: los mármoles, los espejos, la lisura del parquet me parecen cargados con una irrealidad decorativa. El agregado me informa que ha mandado dejarlo vacío para nosotros. Cuando busca whisky, como al pasar, me pregunta si me gustaría verlos. No espera mi respuesta. Lo escucho taconear hasta el buró a mi espalda. Como siento el peso de su mirada, no me apuro. Apago mi cigarrillo contra el tiempo. Cuando me acerco, él descorre la tapa del mueble para que ellos aparezcan. Ellos. Sobre el terciopelo, los libros.

-Buró es del francés *bureau* -malpronuncia el agregado- Significa leer.

Entre Sun Tzu y la Fenomenología, Borges. A su lado, pero invertido, Walsh. Y en el centro, exhibidos, los borradores manuscritos. Recorro las tachaduras, los manchones de la tinta, los nombres propios que nos imponen el futuro. Reconozco las primeras líneas: "Desde hace cuarenta y ocho años no confío en mi memoria..." Son las que leí en el cuento que llegó al concurso.

El agregado me llama con dos vasos de whisky sobre la mesa. Con un gesto de la mano me invita a sentarme. Me espera. Él se sienta después. Pero, antes, se desarma. Noto que se cuida de dejar al Colt tan al alcance de su mano como de la mía. Me mira a los ojos, tintinea el vaso. Yo no toco el mío.

-Supongo que ahora le debo la historia de esta pluma -dice el agregado y se estira para agarrarla- Lo fui pensando mucho durante estos años. Ya sabrá decirme qué le parece. La única condición, si es que se puede, es que no me escatime el veredicto cuando la juzgue.

Ajeno a mi voluntad, siento que me paso la lengua por los dientes. No necesito asentir.

Desde hace cuarenta y ocho años no confío en mi memoria. Por lo que puedo recordar, o inventar: tal vez sean lo mismo, fue en una ciudad que, aunque parecía que no, que en 1975 todavía no, ya esperaba de rodillas en la antesala de un terror que ni siquiera hoy nos

podríamos imaginar. ¿No le parece? Organizado. Sistemático. Meticuloso. Algunos compañeros podrán haber sido, o haberse creído, felices durante esos meses. Podrán, incluso, haberse atrevido a alguna esperanza cuando aquel hombre volvió de su exilio a ganar por knock-out las elecciones. Nosotros, no. Nosotros ya esperábamos. La intuición de la noche crecía desde el futuro sobre nosotros. Esa ciudad. Esa ciudad era una cualquiera. Una, cualquiera, que podría haberse llamado Buenos Aires ese verano. El nombre no es importante, pero sí que yo creí leer en el rumor de su sangre la vocación de la violencia. Lo leí, eso es cierto, pero su juventud me confundió. Quise ver en él una desesperación. Dijo tener veintidós años, ser huérfano de padre, estudiante. Vino recomendado por una amiga de la infancia de Teresa, la compañera de Antonio. Parece que no tienen un peso partido en dos, nos había dicho ella antes de que lo hiciéramos pasar para la entrevista, y que tiene a la vieja muy enferma. Esa mañana sugirió, como se esperaba de él, soñar con la revolución. Como al pasar le pregunté si lo había leído. Leí el Manifiesto, me respondió con algo parecido a la vergüenza. Se empieza por Hegel, le dije y le clavé los ojos. Recuerdo que agachó los suyos y luego soltó aquella risita de niño que tenía. Así entró. Así. Mire. Como hace la luz de ese cartel, ahora también, sobre nosotros. Antonio me llevó aparte. ¿De verdad a vos no te parece que además de laburo anda magueando un padre, Vargas?, dijo y encendió mi cigarrillo. Con los años sospecho que entendí. Lo único que nos pasó es que entonces queríamos creer en el futuro. Digamos que ese era el...el *zeitgeist*. ¿No le parece? Le dimos el puesto. Aquella misma noche bebió con nosotros. Así, digamos: como yo querría que hiciéramos usted y yo. ¿Seguro que no quiere whisky? Bien. Así, decía. Como uno más. Y luego a la siguiente y luego. Para cuando el verano terminó y las amenazas al estudio eran tan familiares como la humedad que habita esa ciudad, ¿no la extraña, a veces?, el pibe, decía, ya había aprendido todo. Los entramados, las direcciones, la frecuencia de los casos y los puchos, la clave secreta de los nombres. Qué manera de preguntar, tenía. Como si no fuese consciente de la época. Como si no le importara. Yo contestaba con desdén. De todos modos le llenaba el escritorio de libros. Empezamos por la Fenomenología. Llegamos pronto a Clausewitz. Ese pibe sí que se chupaba todo lo que tocaba.

Recuerdo mis palmas sobre sus hombros. Recuerdo las conversaciones que interrumpían los ecos que creíamos oír, o que oíamos, en los pasillos de Tribunales. Recuerdo la luz de neón roja y blanca del cartel de Coca-Cola que inundaba las noches en el estudio, como ahora mismo hace esta sobre nosotros. Créame: nada como este piso para recordar esos tiempos. No pusimos objeciones a la fiebre que pretextó esa noche. Supusimos que la juventud o el miedo habían estallado en su corazón. Llegué solo. Me acuerdo de que el frío era denso, compacto,

con ese filo que precede a la fractura. En la puerta, al recibirme, Antonio señaló mi pecho. Bromeó. Yo tenía el bolsillo de la camisa manchado de tinta. Vas a necesitarla, me dijo. Y me ofreció su estilográfica. A ese detalle, sí. A ese detalle sí puedo recordarlo. Y lo recuerdo. Luego, tal vez nada más que las discusiones con los compañeros, la excitación de la esperanza, la herencia del miedo y la certeza de estar, en ese mismo momento, escribiendo el futuro. Fue la suavidad con la que golpearon a la puerta lo que me hizo saber que esa noche yo no estaba armado. El primero entró con la cara descubierta. No sé si se puede olvidar esa fuerza en sus ojos. ¿Usted me cree si yo le digo que le brotaba desde los fondos de la historia? Para los ojos del otro solo tengo como arma lo que imagino: le cubría la cara una capucha y su cobardía tenía la voz de un chico. Me pareció reconocerla. Pero es allí, usted lo sabe, en dónde dejé de creer en mí mismo. Uno de nosotros, sé que no fue Antonio, les preguntó si antes le estaba permitido apagar su cigarrillo. Esa dignidad les resultó intolerable, se lo aseguro, y apuraron el disparo. Sonó íntimo y lejano, como suenan las cosas cuando son reales. Fueron uno por uno, sobre los siete que éramos. Quizás sentí el zumbido rozar mi pecho. Quizás sentí el ruido metálico. Quizás sentí al destino cifrarse en el encuentro entre un objeto y la disposición incomprensible de un instante. Antonio cayó sobre mí y entonces los dos fuimos hogar y fuimos tumba. Me hice el muerto mientras contaba los disparos.

Creo que solo logré entender que se habían ido cuando la escuché llorar. A veces me parece que no fue a mí a quien le pasaron estas cosas. Como si desde esa noche mi vida fuese la de otro. Teresa, abrazada al cuerpo de su compañero sobre el mío, ese cuerpo que también el de todos y era el mío, repetía que no entendía o que estaba muerta. Que no era cierto. Que estaba muerta y que no era cierto. Y yo tampoco. Y yo también y yo tampoco. Cuando me informó que yo estaba vivo, entendí que ya nunca iba a pertenecer a ningún lugar y a ningún tiempo. Siete fueron los muertos y dos nosotros. Los no vivos. A Teresa nunca más la vi. Desde esa noche yo me reduje a sombra, a eco errante, a evento irrecuperable y preciso. Desde esa noche, yo fui nadie. Lo confirmé cuando en el hospital la enfermera me hizo saber con suavidad, sin asombro, que la estilográfica de Antonio me había salvado la vida. La bala había impactado sobre ella y luego se había perdido. Le pregunté si la tenía y ella me dio la espalda. Vinieron, supongo que me dijo, para llevársela junto con el reloj y los papeles. A mí no. A mí no me llevaron. A mí me entregaron a mi suerte. Aquella noche se comprimió en mi vida, o mi vida se comprimió en aquella noche. La roí, la busqué, la rompí en pedazos. Desde entonces ningún recuerdo me parece verdadero.

El terror, como las tormentas que agita ese río, ya se había desatado sobre esa ciudad sin nombre cuando me subí al avión. Que nunca iba a volver siempre lo supe. Las personas como

yo no tienen dónde volver. La mañana simétrica, anacrónica, de 1977 en que llegué a Madrid encontré en El País, con resignado horror, que la realidad se duplicaba ante mis ojos. Decidí huir al interior, quizás al mío. Al exilio dentro del exilio. Me casé, volví a casarme y volví a hacerlo. Perdí trabajos o nunca los conseguí. En este continente tan cansado como yo busqué al dios fusilador o fusilado. No lo encontré. Huí y luego huí de mis huidas. Decanté en el periodismo y escribí y leí hasta desangrarme. Creo que así es como intenté olvidar. Yo no puedo saberlo. Usted se preguntará si el miedo vivió en mí durante esos años. Es algo que no puedo contestar. A la rabia, sí. A la rabia cualquiera me la hubiese podido ver. Lo que no sabía, lo que no podía saber, era que durante cuarenta y ocho años ese pibe al que había adoptado, ese: él, el humillado por una pluma: una simple pluma, me esperaba. Aquí. Detrás mío, detrás de mis pasos. Aquella noche, nuestra noche, fue el inicio de su carrera que alguien podría llamar exitosa. Cuando lo mandaron a seguirme, aceptó con convicción, con dogma, con fe, la certidumbre de que ahora le tocaba a él escribir nuestro destino. Supo que yo le pertenecía: que yo, desde esa noche, era suyo. Mientras se volvía indistinto a los demás, leyó. Leyó, y me leyó, con admirado desprecio. Me estudió hasta conocerme como a su reflejo. Pronto, quizás por invocarme, ese hombre también se redujo al escribir durante su espera. Como yo. La admiración y el odio pueden ser imprevisibles cuando se confunden. Durante todos estos años lo pensó. Lo pensó muy bien. Usted se preguntará por qué lo sé. Yo también me lo pregunto. La respuesta es extraña porque es simple. Cuando en el periódico aceptaron mi idea para el concurso de relatos, comprendí que él entendería que ahora sí, al fin, yo lo estaba llamando.

Se escucha un bocinazo, como ajeno al presente, y otro y luego el viento. La ciudad, allá abajo, se queja.

-Que usted había descifrado las coordenadas que le envié lo confirmé cuando mi relato firmado con su nombre no ganó. Solo quedaba esperar. Estaba seguro de que sería un lector. Un buen lector. Fue con ella- como quien se desarma, el agregado devuelve la estilográfica al centro de la mesa, junto al Colt - no podría haberlo escrito sin ella. Se la devuelvo, Vargas, junto con su nombre.

Las sombras se mueven sobre la superficie de la pluma y a mí se me ocurre que está habitada. A las dos en punto de la mañana, las luces del cartel se apagan.

-¿Le parece que tengo tiempo para un cigarrillo? dice recién entonces el agregado.

En la oscuridad, sonrió sin desdén.

Hago fuego.